

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

Mañanera metódica

Denise Dresser

Hoy el presidente de México tiene 86% de aprobación. Es amado, adorado, idolatrado. Dondequiera que va la gente se agolpa para verlo, se amontona para tocarlo, hace cola para tomarse la “selfie” con él. Se le reconoce. Se le quiere. Se le percibe cercano y humano, austero y sincero. En sus giras peripatéticas es recibido con el mismo frenesí que una celebridad y con y la misma mitificación que un Dios. Su liderazgo trasciende lo legal o lo racional; es emblemáticamente carismático. Se construye día con día pero no a través de las políticas públicas que promueve, sino a partir de las emociones que despierta. Todas las mañanas, AMLO construye un espectáculo político y es magistral.

Porque la conferencia de prensa es más que una oportunidad para proveer información y centralizar la comunicación. Es una puesta en escena. Es un montaje teatral. Es el lugar donde se cuentan cuentos y se tejen narrativas. Durante dos horas, los ojos del país están puestos sobre el Presidente, para escuchar qué dice y cómo lo dice; qué se anuncia y qué se denuncia; a quién va a defender y a quién va a atacar. Políticos, funcionarios, periodistas y activistas están atentos a la historia oral de la Cuarta Transformación; la que AMLO describe con afán pedagógico y mitológico. Las razones para aborrecer a los de antes y los motivos para creer en los de ahora. Un poturrí de pronunciamientos que marcan la agenda pública. El Presidente se mete a nuestra cabeza a las 7 am y se queda el resto del día ahí.

La conferencia mañanera -como lo argumenta Gabriela Warkentin- ha cambiado la dinámica informativa del país. También ha transformado la forma de hacer y concebir a la política. Hay que prestar atención a cada palabra, estar atentos a cada gesto, interpretar el mensaje cifrado detrás del dicho desparpajado. Con un lenguaje sencillo, dicharachero, coloquial, AMLO edifica un problema y provee la forma de solucionarlo. Corrupción en el NAIM; se cancela la obra. Huachicoleo en Pemex; se cierran los ductos. Malos manejos en la CFE; se exhibe a sus expoliadores. Una Suprema Corte que protege privilegios; se interviene para que no lo haga. Irregularidades en la estan-

cias infantiles; se paga a los abuelos para que tomen su lugar. Así va construyendo autoridad, va demostrando celeridad. Y con ello, quienes los escuchan suspenden el juicio crítico porque están frente al compólo-todo. Mr. Clean.

Cada mañana, al definir un problema y la forma de solucionarlo, AMLO fortalece su liderazgo. Construye un problema para después denigrar a otros por no haberlo encarado. Exhibe un obstáculo y denuesta a quienes lo colocaron. El neoliberalismo y la falta de valores, el neoliberalismo y los divorcios, el neoliberalismo y la corrupción. Da información factual y señala al enemigo semanal. Anuncia y denuncia. Agrede y exhorta. Lastima y anima. La conferencia de prensa es una mezcla de noticiero presidencial, cátedra moral, y “talking points” para que sus seguidores sepan qué repetir, para que la intelectualidad orgánica sepa qué decir. Su visión de mundo se vuelve un manual de instrucciones, una pauta normativa que definirá las reacciones e interpretaciones que regirán a lo largo del día y del sexenio. Él innova -lingüística y políticamente- generando apoyo popular para sus iniciativas y enseñando los vericuetos verbales para defenderlas. Él señala el camino y la mayoría se apresta a correr en esa dirección.

Lo hacen porque sienten que AMLO entiende sus miedos, comprende sus temores, cataliza sus creencias. La furia y la rabia y el enojo y la escasez que caracterizan la vida de millones de mexicanos genera incentivos para depositar la fe en un rayo de esperanza. Un líder distinto por antitético: come tacos, tortas y tlacoyos en vez de champagne, croissants y caviar. Cada vez que sale en su Jetta o vuela en avión comercial o se para en la orilla de la carretera para beber agua de piña o se lanza contra Salinas o Zedillo o Calderón, AMLO objetiviza todo lo que odian o aman quienes lo apoyan. A partir de las 7 am, López Obrador escribe una narrativa oficial de combate a los privilegios, cambio, nacionalismo y protección paternal. Así como todas las mañanas sale el sol, todas las mañanas López Obrador está ahí. Metódicamente gratificando deseos, identificando enemigos, proveyéndole al país la historia de una transformación, encarnada en él.

Jaque Mate

Sergio Sarmiento

Nuestros maiceados

Andrés Manuel López Obrador nunca ha mostrado respeto por el máximo tribunal de nuestro país. Cuando era candidato, en febrero de 2018, llamó a los ministros “maiceados” y alcahuetes”. En mayo preguntó: “¿Saben algo que hayan hecho los de la Suprema Corte en beneficio de México? ¿Se han enterado de algo que hayan hecho a favor del pueblo? Nada.”

Los cuestionamientos del ahora presidente a los sueldos y a los fallos de los ministros han generado un ánimo de linchamiento. Desde hace dos meses se mantiene un planón que bloquea la entrada principal del edificio de la Corte. El 13 de diciembre, el director de comunicación social del Consejo de la Judicatura Federal, Jorge Camargo, fue agredido fuera del edificio por manifestantes que pensaron que se trataba de un ministro.

López Obrador se congratuló hace unos días por haber intervenido para cambiar una decisión de la Corte: el amparo promovido por Beatriz Sánchez Navarro Redo, ex accionista de Grupo Modelo, quien reclamaba la devolución de un pago de impuesto sobre la renta de 47 millones de pesos (el presidente habló de 35 mil millones de pesos) por no haber sido parte del grupo de control de la cervecería en el momento de la venta a AB Inveb. El proyecto de sentencia del ministro Eduardo Medina Mora, que concedía el amparo, fue desechado en la Segunda Sala por 4 votos a 1. Se ha pedido a otro ministro la redacción de un nuevo proyecto.

Que el gobierno argumente lo que convenga a sus intereses ante la Corte es legal y correcto, pero presionar a los ministros para cambiar un fallo no lo es. No está claro que el proyecto del ministro Medina Mora haya sido desechado por presión del presidente, pero es inquietante que López Obrador piense que tiene la facultad de ordenar fallos a la Corte.

La Oficina de la Presidencia parece estar interviniendo en la Corte en otros temas. El consejero jurídico, Julio Scherer

“A los amigos, justicia y gracia. A los enemigos, la ley a secas.”

Benito Juárez

Ibarra, promovió la candidatura de Arturo Zaldívar y ayudó a convertirlo en el primer ministro sin carrera judicial en llegar a la presidencia de la Corte en tiempos recientes. En principio esto no tendría que ser incorrecto. Los gobiernos siempre han cabildeado a favor de algún u otro candidato, pero los ministros votan en libertad. Más inquietantes son las afirmaciones de que Scherer pidió a Zaldívar que exigiera la renuncia de Janine Otálora a la presidencia del Tribunal Electoral en represalia por la ratificación del triunfo de Martha Erika Alonso en la elección de Puebla de 2018.

La importancia del presidente de la Corte en el pleno es relativa. Los votos de los 11 ministros son en principio iguales; el voto de calidad solo se da después de varios empates. Sin embargo, el ministro presidente es también cabeza de la Judicatura Federal y desde ahí tiene una influencia decisiva en la conformación de todo el Poder Judicial.

El presidente López Obrador, que ya controla el ejecutivo y del legislativo, está buscando dominar también el judicial. El nuevo ministro Juan Luis González Alcántara, quien previamente participó en la terna para elegir al fiscal general, es muy cercano al presidente. La terna para sustituir a la ministra Margarita Luna Ramos está formada también por tres mujeres muy alineadas con el presidente. Al parecer, la forma de lograr que la Corte no esté maiceada es que esté formada por ministros que obedezcan al presidente, como en los tiempos del viejo PRI.

SIN INDEPENDENCIA

Los nominados para ocupar los cargos de fiscal electoral, José Agustín Ortiz Pinchetti, y fiscal anticorrupción, María de la Luz Mijangos Borja, estaban en las ternas que propuso López Obrador cuando era candidato. Los dos son muy cercanos al presidente. No habrá tampoco independencia de los fiscales en la Cuarta Transformación.

Twitter: @SergioSarmiento

Úsese y Tírese

Heliolflores



Antidemócratas

Jesús Silva-Herzog

El liberalismo predominante se obsesionó a tal punto con el populismo que llegó a ignorar el peligro que lo acechaba desde el extremo contrario: la antidemocracia. Se fue asociando de este modo a una doctrina que buscaba domesticar al poder político, al tiempo que imaginaba a los poderes económicos como adalides de libertad que debían permanecer salvajes. Que los beneficios se concentraran en una cúspide cada vez más estrecha era obra de la naturaleza. Sólo los ignorantes podían oponerse a la inclemente mecánica de la realidad. Frente a la desigualdad, resignación. El discurso liberal se mutiló, renunciando a la riqueza de su propia tradición. La doctrina de la sospecha se convirtió en el alegato de la élite en defensa de sí misma. El liberalismo dejó de ser un cuerpo de ideas punzantes para ser ideología. Una versión de la ciencia económica se convirtió en la única fórmula razonable de comprender lo social. En su pizarrón podían resolverse todos los enigmas. De ahí habrían de surgir todas las órdenes. Solo quedaba aplicar las recetas y esperar el beneficio de los siglos. No debe extrañarnos que, tras estas perversiones, el liberalismo oficial se haya convertido en el manual de modales de la oligarquía mexicana.

Me he topado en estos días con un argumento que captura ejemplarmente esa perspectiva antidemocrática. Son las líneas de un hombre que hasta hace poco tiempo era un destacado funcionario gubernamental y que, desde que dejó las responsabilidades administrativas, ha participado con entusiasmo en el debate público. Me refiero a un hilo de comentarios de Aristóteles Núñez en tuitos. Si me detengo en esta cadena de apuntes no es por su elaboración intelectual sino precisamente por lo contrario: por la cándida naturalidad con la que expresa una persuasión política. No tengo dudas de muchos coincidirán con sus palabras. Por eso vale detenerse en ellas.

Llegué a su diatriba antidemocrática por la enorme defusión que tuvo en el vecindario de esa red social la carta que Núñez dirigió al presidente López Obrador. La carta es un documento pertinente. Llama con buen tono a la prudencia y a la mo-

deración. Critica decisiones que le parecen impulsivas y que de poco sirven a los propósitos del gobierno. Sin estridencia, pide estudio y mesura para orientar las decisiones de la administración. La carta es acompañada de una serie de mensajes testamentarios: Núñez se despide de tuitos y deja a sus seguidores un paquete de reflexiones finales. Son esas líneas las que exigen un comentario.

El exfuncionario encuentra a México detenido, incapaz de prosperar; presa de demagogos y farsantes. Quiere un país “exitoso” y advierte las muchas conspiraciones que lo impiden. Expone así una crítica al régimen democrático que es, simplemente, una denuncia del sufragio universal. Sí: a este Aristóteles también le resulta absurdo el principio de un ciudadano, un voto. Que no voten los ignorantes o que su voto pese menos que el de los mexicanos “exitosos”. Así lo plantea: “En el modelo democrático que nos rige, el voto del ignorante, del flojo o del subvencionado vale lo mismo que (el) del empresario o intelectual más exitoso del país. Por lo tanto, si la sociedad es ignorante, ganará la ignorancia, si la sociedad es apática, ganará el impulsivo.” Una perla. Pocos se atreverían a decirlo tan claramente. En pleno siglo XXI, un destacado miembro del grupo político recientemente desplazado se lanza en contra de la igualdad del voto. Así. Sin más. Que el voto dependa de los ingresos o de los diplomas y que, por favor, esos flojos no voten.

Desde luego, el interés público se ofrece como justificación. Se entiende que liberar a los vagos de la carga del voto terminará siendo en su beneficio. A juicio de Núñez, quienes no han conocido el éxito, los ignorantes y los mantenidos son incapaces de razón: el sentimiento y la emoción son los únicos resortes de su vida. Piadoso, sentencia: “Donde no hay comida, oportunidad, empleo o satisfacción, no cabe la racionalidad.” La disyuntiva no puede ser más clara: nosotros pensamos, ellos gimen. Nosotros conocemos, ellos viven enjaulados en la ignorancia. Como el populista quiere deshacerse del liberalismo, los tecnócratas pretenden liberarnos del fastidio de la democracia. Quieren nuestro bien.0